

Mechthild Albert entre El Puerto, Madrid y Bonn

EMILIO PERAL VEGA

Universidad Complutense de Madrid

peralvega@filol.ucm.es

Siempre hay un abismo entre la persona que imaginamos y aquella otra que terminamos conociendo, y mucho más en el terreno de la academia. Son numerosas las ocasiones en que la imagen formada resulta superior a la evidencia con la que después nos topamos, y no tantos los gozos en que la balanza se muestra en equilibrio o, incluso, se decanta, de forma sobresaliente, hacia el lado personal. Con la profesora Mechthild Albert viví la última de las tres posibilidades apuntadas.

Curiosamente la había conocido, vía libresca, leyendo un artículo suyo que nada tenía que ver con la tradición hispánica, pues es sabida la versatilidad de los hispanistas alemanes, siempre formados, por lo que atañe a la investigación, en al menos dos tradiciones de la Romania. Cursaba quinto de la licenciatura en Filología Hispánica, allá por el año 1997, cuando Anne-Marie Reboul, la también muy querida profesora que impartía una asignatura sobre las relaciones entre la literatura francesa y la española, nos recomendó una serie de artículos sobre Honoré de Balzac. Entre ellos —aún lo tengo fotocopiado entre los desordenados papeles de mi despacho— se contaba “*Désir, commerce et création ou le dilemme de l’artiste balzacien (À propos de Wenceslas Steinbock)*” (*L’Année balzacienne*, 1983: 215-225), un fino estudio acerca de este proteico personaje de *La comédie humaine*.

Ese mismo año, siendo todavía estudiante en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense, y casi de forma coincidente en el tiempo, volví a toparme con ella en una extensa bibliografía que el profesor Andrés Amorós nos entregó en torno a la recepción del simbolismo en España.

Tardé mucho en localizar aquel artículo —“La réception du symbolisme belge en Espagne” (1992)—, pero lo recuerdo ahora por haberme abierto la puerta a autores —muy especialmente Maurice Maeterlinck— y obras que ocuparían un lugar destacado en ulteriores pesquisas, sobre todo por su huella en autores dilectos de mi imaginario, en especial Federico García Lorca.

Pasaron bastante años, y ya como joven profesor de la Complutense, tuve al fin la oportunidad de conocer a Matilde, pues de aquel nombre alemán de difícil pronunciación nada quedaba cuando me fue presentada en el Puerto de Santa María de Cádiz. La efeméride fue un divertidísimo congreso (*¿De qué se venga Don Mendo? Teatro e intermedialidad en el primer tercio del siglo XX*) organizado por mis amigos gaditanos Alberto Romero Ferrer y Marieta Cantos Casenave. Llegué algo tarde, con las sesiones iniciadas, y aún recuerdo entrar en aquella inmensa sala, con Matilde ya hablando desde el estrado sobre “Pantomima y danza como medios de renovación teatral”. Para mi sorpresa, aquel rostro aún no familiar me citó en varias ocasiones, haciendo explícita la admiración que uno de mis primeros libros le causaba y su carácter fundamental para la investigación que ella emprendía en aquellos días. Esa primera imagen de Matilde está unida, para siempre, a otra figura querida del hispanismo: Jesús Rubio Jiménez, catedrático de la Universidad de Zaragoza, que, sentado a mi lado, me daba golpecitos cariñosos en la espalda cada vez que la profesora Albert aludía a mi persona.

Aquel congreso nos permitió alguna conversación más dilatada, el intercambio de correos electrónicos y la esperanza de que algún día colaboraríamos. Aunque el reencuentro tardó en producirse, no faltaron diversos recursos de contacto, entre ellos la recepción en Madrid de uno de sus discípulos, Frank Reza Links, con quien tuve la dicha de cambiar impresiones literarias y, por supuesto, hablar largo y siempre bien de su maestra y para mí ya amiga.

Allá por la primavera del 2010, Matilde me anunciaba que iba a pasar unos días en Madrid y que, si tenía tiempo, le gustaría que compartiéramos mantel y viandas en un restaurante que ella conocía por el barrio de Malasaña, donde por entonces yo mismo residía.

En 2007 había conocido a otro colega clave en mi trayectoria: Nigel Dennis (Universidad de Saint Andrews, Escocia). El prontamente

desaparecido hispanista británico se convirtió, desde el principio, en maestro y amigo. Con él escribí dos libros: *Teatro de la Guerra Civil española: el bando republicano* (2009) y *Teatro de la Guerra Civil española: el bando nacional* (2010). Si bien el primero suponía una continuación natural de ciertos trabajos emprendidos algunos años antes, el segundo constituía todo un reto para el que la lectura de un libro de Matilde resultó, una vez más, fundamental. El puzle de los afectos se componía con piezas rotundas. Me refiero a *Vanguardistas de camisa azul. La trayectoria de los escritores Tomás Borrás, Felipe Ximénez de Sandoval, Samuel Ros y Antonio de Obregón entre 1925 y 1940*, ya un clásico, publicado por Visor en 2003.

Así se lo hice notar cuando, con emoción no contenida, nos volvimos a cruzar en aquel restaurante —ya desaparecido— de la calle Manuela Malasaña. Recuerdo su sonrisa cuando le entregué el par de volúmenes, acompañados de elogios hacia Nigel y su no oculta alegría de que estuviéramos trabajando juntos. Y entonces llegó su propuesta. Quería Matilde que, a través del programa Erasmus para la movilidad de profesores, pasara unos días, enseñando y compartiendo amistad, en su universidad, la Universität Bonn. Me halagó su ofrecimiento, para qué negarlo. Y le prometí cursar la petición para hacerla efectiva tan pronto se pudiera.

Así, en la primavera de 2011, tuve la inmensa fortuna de llegar a Bonn para impartir un curso de Máster sobre la renovación teatral en España a principios del siglo XX. Matilde me dio total libertad y puso a mi disposición todos los medios que el departamento le ofrecía para que me sintiese de veras en casa, entre ellos las llaves de su inmenso despacho que —dijo— podía utilizar como si fuera mío. Aquella semana en Bonn sirvió para descubrir, *in situ*, la fortaleza de unos estudios, los románicos, que pivotaban en torno a su persona, y, sobre todo, la profunda admiración y respeto que le rendían cuantos trabajaban con ella, desde profesores titulares hasta becarios. En mi haber queda la penúltima noche de estancia, cuando, de la mano de Matilde, asistí al estreno —y posterior cena— de *Bodas de sangre*, en versión alemana, dirigida por el ya profesor Frank Reza Links.

La amistad ha continuado desde entonces. Mi admiración por la investigadora —he ido atesorando sus formidables trabajos a propósito de Gómez de la Serna y Giménez Caballero— y, en especial, por la generosa

amiga no ha dejado de crecer. Siempre he hallado en Matilde una colega cercana, dispuesta a ayudar, a vuelta de correo, y a recibir a estudiantes y discípulos. Y ahora, en el momento de su jubilación, mi humilde homenaje —muy escaso, si tenemos en cuenta todo lo recibido— se complace en componer estos deshilvanados recuerdos. Gracias, siempre, querida Mechthild.